

que, ya en la cima, sentía temblar la tierra, éoh la angustia no confesada de la catástrofe, fué rey. Cuando su carruaje llegaba á la calle de Londres, ante el palacio espléndido del Universal, bajaba vivamente un lacayo y extendía una alfombra, que, desde los escalones del vestíbulo, se desarrollaba sobre la acera hasta el arroyo; y entonces Saccard descendía del carruaje y hacía su entrada, como soberano á quien se le evita la molestia del piso común de las calles.

El último día de aquel año, día de la liquidación de Diciembre, la gran sala de Bolsa estaba llena desde las doce y media, y en una extraordinaria agitación de voces y de gestos. Hacia algunas semanas, por otra parte, que la efervescencia crecía, y en aquella última jornada de lucha llegaba á una batahola febril en la que zumbaba ya la batalla decisiva que iba á empeñarse. Afuera helaba terriblemente; pero por las altas vidrieras penetraba, en rayos oblicuos, un claro sol de invierno, alegrando todo un lado de la sala desnuda, de severos pilares, de bóveda triste, que hacían más fría aún las pinturas grises alegóricas; mientras que las bocas de los caloríferos, á todo lo largo de las arcadas, exhalaban un aliento tibio, enmedio de la corriente fría de las puertas enverjadas, que se abrían constantemente.

El bajista Moser, más inquieto y más amarillo que de costumbre, se tropezó con el alcis-

ta Pillerault, arrogantemente plantado sobre sus fuertes piernas.

—¿Sabéis lo que se dice?

Pero tuvo que alzar la voz para hacerse oír, en el ruido creciente de las conversaciones, un clamor regular, monótono, parecido á un rumor de aguas desbordadas, corriendo sin fin.

—Se dice que en Abril tendremos la guerra... Con esos armamentos formidables, la cosa no puede acabar de otro modo. La Alemania no quiere dejarnos tiempo de aplicar la nueva ley militar que va á votar la Cámara..... Y, por otra parte, Bismarck.....

Pillerault soltó la carcajada.

—¡Dejadme en paz, con vuestro Bismarck!.... Aquí donde me veis, hablé con él cinco minutos, este verano, cuando vino. Tiene todo el aire de un buen muchacho..... Si no estáis satisfecho, después del éxito aplastante de la Exposición, no sé qué es lo que queréis. ¡Eh! querido, la Europa es nuestra.

Moser movió la cabeza con desesperación. Y en frases que cortaban á cada momento los empujones de la multitud, siguió diciendo sus temores. El estado del mercado era muy próspero, pero de una prosperidad pletórica que valía poco, no más que la mala grasa de las personas demasiado gruesas. Gracias á la Exposición habían brotado en él excesivamente los negocios, se había apasionado más de lo debido, y se llegaba á la pura demencia del juego. ¿Acaso no era una lo-

cura, por ejemplo, el Universal á tres mil treinta?

—¡Ah, ya pareció aquello!—exclamó Pillerault.

Y acercándose, acentuando cada sílaba, añadió:

—Querido, acabará esta tarde á tres mil sesenta..... Todos vosotros quedaréis por tierra, y os lo aseguro.

El bajista, fácilmente impresionable sin embargo, dejó escapar un ligero silbido de desafío. Y mirando al aire, para marcar su falsa tranquilidad de alma, permaneció un momento examinando algunas cabezas de mujer que se inclinaban, allá arriba, en la galería del telégrafo, asombradas del espectáculo de aquella sala donde ellas no podían entrar. Los escudos con nombres de ciudades, los capiteles y las cornisas prolongaban una perspectiva descolorida, que las filtraciones habían manchado de amarillo.

—¡Calle, sois vos!—dijo Moser bajando la cabeza y reconociendo á Salmon, que sonreía delante de él, con su eterna y profunda sonrisa.

Después, turbado, viendo en aquella sonrisa una aprobación dada á las palabras de Pillerault:

—En fin, si sabéis algo, decidlo..... Por mi parte, mi razonamiento es sencillo. Estoy con Gundermann, porque Gundermann ¿no es cierto? es Gundermann..... Con él siempre se irá bien.

—¿Pero — dijo Pillerault en tono burlón—

quién os dice que Gundermann está á la baja?

Al oír esto, Moser abrió desmesuradamente sus ojos espantados. Hacía meses que se decía en la Bolsa que Gundermann le buscaba las vueltas á Saccard, y que mantenía la baja contra el Universal, esperando acabar con éste, cualquier fin de mes, de un esfuerzo brusco, imponiéndose al mercado con sus millones; y si aquella jornada se anunciaba tan caliente, con la fiebre de todos, era porque todos creían y repetían que la batalla iba al fin á darse en ella, una de esas batallas sin cuartel, en que uno de los dos ejércitos queda por tierra, destruido. ¿Pero acaso se estaba nunca cierto de algo en aquel mundo de mentira y de astucia? Las cosas más seguras, las más anunciadas por adelantado, se convertían, al menor soplo, en motivos de duda llena de angustia.

—Negáis la evidencia—murmuró Moser.—Ciertamente, yo no he visto las órdenes, y nada se puede afirmar.... ¿Eh, Salmon, qué decís? Gundermann no puede flojear, ¿qué demonio!

Y ya no sabía qué creer ante la sonrisa silenciosa de Salmon que le parecía afinarse extremadamente.

—¡Ah!—continuó señalando con un movimiento de cabeza á un hombre grueso que pasaba—si ese quisiera hablar no me apuraría yo. Ve claro.

Era el célebre Amadieu, que vivía siempre de su éxito en el negocio de las minas de Selsis; las

acciones compradas á quince francos, en una jugada de obstinación imbécil, revendidas después con un beneficio de una quincena de millones, sin que él hubiera previsto ni calculado nada, por casualidad. Se le veneraba por sus grandes capacidades financieras, seguía toda una corte, que trataba de sorprender sus menores palabras y jugaba en el sentido que éstas parecían indicar.

—¡Bah!—exclamó Pillerault, entregado por completo á su teoría favorita de jugar á lo que saliere—lo mejor es seguir uno su idea.... Todo consiste en la suerte. O se tiene suerte ó no se tiene. En cualquiera de ambos casos, ¿á qué reflexionar? Yo, siempre que he reflexionado, he estado á punto de hundirme.... ¡Mirad! mientras yo vea á ese señor en su puesto, con su aire de hombre robusto que quiere comérselo todo, compraré.

Con un gesto había señalado á Saccard, que acababa de llegar y que se instalaba en su sitio acostumbrado, contra el pilar de la primera arca de la izquierda. Como todos los jefes de casas importantes, tenía así un sitio conocido, donde los empleados y los clientes estaban seguros de encontrarlo los días de Bolsa. Gundermann era el único que afectaba no poner jamás los pies en la gran sala, y ni siquiera enviaba un representante oficial; pero sentíase allí un ejército suyo, reinaba allí como dueño ausente y soberano, por la legión innumerable de co-

redores, de agentes que llevaban sus órdenes, sin contar sus hechuras, tan numerosas, que todo hombre presente era acaso el misterioso soldado de Gundermann. Y Saccard luchaba en persona, con la frente descubierta, contra aquel ejército desconocido que obraba por todas partes. Detrás de él, en el ángulo del pilar, había un banco, pero jamás se sentaba, en pie durante las dos horas del mercado, como despreciando la fatiga. A veces, en los momentos de abandono, apoyábase simplemente con el codo en la piedra, que la huella de todos los contactos, á la altura de un hombre, había ennegrecido y pulimentado; y, en la descolorida desnudez del monumento, hasta había allí un detalle característico, aquella faja de grasa brillante, contra las puertas, contra los muros, en las escaleras, en la sala, un zócalo inmundo, el sudor acumulado de generaciones de jugadores y de ladrones. Muy elegante, muy correcto, como todos los bolsistas, con su ropa fina y su camisa deslumbrante, Saccard tenía el aspecto amable y reposado de un hombre sin preocupaciones, en medio de aquellos muros orlados de negro.

—Ya sabéis—dijo Moser ahogando su voz— que se le acusa de sostener el alza por medio de compras considerables. Si el Universal juega sobre sus propias acciones, está perdido.

Pero Pillerault protestaba.

—¡Otro chisme!..... ¿Acaso se puede decir con precisión quién vende y quién compra?..... Él

está ahí por los clientes de su casa, lo que es muy natural. Y también está por su propia cuenta, porque debe jugar.

Por lo demás, Moser no insistió. Nadie todavía, en la Bolsa, se habría atrevido á afirmar la terrible campaña emprendida por Saccard, aquellas compras que hacía por cuenta de la casa, por medio de testaferos, Sabatani, Jantrou y otros varios, sobre todo empleados de su dirección. Sólo corría un rumor, cuchicheado al oído, desmentido, renaciente siempre, aunque sin prueba posible. Al principio no había hecho más que sostener los precios con prudencia, revendiendo así que podía, para no inmovilizar demasiado los capitales y atestar las cajas de títulos. Pero ahora iba arrastrado por la lucha, y aquel día había previsto la necesidad de compras muy grandes, si quería quedar dueño del campo de batalla. Había dado sus órdenes, y afectaba su calma sonriente de los días ordinarios, á pesar de su incertidumbre sobre el resultado final y de la turbación que experimentaba, al empeñarse de aquel modo más y más en un camino que sabía que era espantosamente peligroso.

De pronto, Moser que había ido á dar vueltas alrededor del célebre Amadieu, en gran conferencia con un hombrecillo enteco, volvió muy exaltado, balbuceando:

—Lo he escuchado, lo he escuchado con mis propios oídos... Ha dicho que las órdenes de venta de Gundermann pasaban de diez millones... ¡Oh,

vendo, vendo, venderé hasta mi camisa!

—¡Diez millones, diantrel!—murmuró Pillerault con la voz algo alterada.—Es una verdadera lucha á navajazos.

Y, en el clamor que crecía, engruesado con todas las conversaciones particulares, no se hablaba más que de aquel duelo feroz entre Gundermann y Saccard. No se distinguía las palabras, pero el rumor se había condensado, y lo único que zumbaba tan fuerte era el empeño tranquilo y lógico del uno en vender, el apresuramiento febril de comprar siempre que se sospechaba en el otro. Las noticias contradictorias que circulaban murmuradas al principio, acababan de dejarse oír como toques de corneta. Así que abrían la boca, los unos gritaban para hacerse oír en medio del escándalo; mientras que otros, llenos de misterio, se inclinaban al oído de sus interlocutores y hablaban muy bajo, hasta cuando no tenían nada que decir.

—¡Eh, yo conservo mis posiciones al alza!—dijo Pillerault ya serenado.—Hace un sol muy hermoso, todo va á subir aún.

—Todo va á derrumbarse—replicó Moser con obstinación doliente.—La lluvia no está lejos, he sentido dolores esta noche.

Pero la sonrisa de Salmon, que los escuchaba alternativamente, se hizo tan aguda, que los dos quedaron descontentos, sin saber á qué atenerse. ¿Acaso aquel demonio de hombre, tan extraordinariamente fuerte, tan profundo y tan discreto,

había encontrado una tercera manera de jugar, sin ponerse ni al alza ni á la baja?

Saccard, veía crecer en derredor suyo desde el pilar, la batahola de sus aduladores y de sus clientes. Sin cesar tendíanse manos hacia él, y él las estrechaba todas con la misma facilidad dichosa, poniendo en cada apretón de sus dedos una promesa de triunfo. Algunos se acercaban, cambiaban una frase y se volvían encantados. Muchos se obstinaban en no soltarlo, gloriosos de estar en su grupo. A menudo mostrábase amable, sin recordar el nombre de las gentes que le hablaban. Así, fué necesario que el capitán Chave le nombrase á Maugendre para que reconociese á éste: el capitán, reconciliado con su cuñado, lo excitaba á vender; pero el apretón de manos del director bastó para inflamar á Mangendre en una esperanza sin límites. Después fué Sedille, el administrador, el gran comerciante de sedas, quien quiso tener una consulta de un minuto. Su casa de comercio peligraba, toda su fortuna estaba ligada á la del Universal, hasta el punto de que la baja posible debía ser para él una ruina; y ansioso, devorado por su pasión, teniendo otros disgustos de parte de su hijo Gustavo, que no hacía progresos en casa de Mazaud, experimentaba la necesidad de ser tranquilizado, animado. Con un golpecito en el hombro, Saccard lo despidió lleno de fe y de ardor. Luego hubo allí un desfile: Kolb, el banquero, que había realizado hacía tiempo, pero que tanteaba el azar; el mar-

qués de Bohain, que, con su altanera condescendencia de gran señor, afectaba frecuentar la Bolsa por curiosidad y por no tener qué hacer; el mismo Huret, incapaz de quedar disgustado, demasiado flexible para no ser el amigo de las gentes hasta el día de la catástrofe final, acercándose á ver si quedaba algo por recoger. Pero apareció Daigremont, y todos se apartaron. Era muy poderoso, y se notó su amabilidad, el modo cómo bromeó, su aire de familiaridad que inspiraba confianza. Los alcistas estaban radiantes, porque tenía reputación de hombre diestro, que sabía salir de las casas á los primeros crujidos del techo; y era seguro que el Universal no crujía aún. Circulaban, en fin, otros que cambiaban simplemente una mirada con Saccard, los hombres completamente suyos, los empleados encargados de dar las órdenes, comprando también por su propia cuenta, en la rabia del juego, que como una epidemia diezmaba el personal de la calle de Londres, siempre en acecho, con el oído en la cerradura, á caza de noticias. Así fué cómo Sabatani pasó dos veces, con su gracia muelle de italiano mestizo de oriental, afectando no ver siquiera al patrón; mientras que Jantrou, inmóvil á algunos pasos, volviendo la espalda, parecía entregado por completo á la lectura de los despachos de las Bolsas extranjeras, puestos en cuadros enrejados. El corredor Massias que, siempre apresurado, tropezó en el grupo, hizo una ligera señal con la cabeza, para dar sin duda una

respuesta de alguna comisión hecha vivamente. Y á medida que se aproximaba la hora de la apertura, el patear sin fin, la doble corriente de multitud, surcando la sala, la llenaba con las profundas sacudidas y el resonar de una marea alta.

Se esperaba el primer precio.

Mazaud y Jacoby, saliendo del despacho de los agentes de cambio, acababan de entrar en el *parquet* juntos, con aire de correcta confraternidad. Sabían, sin embargo, que eran adversarios en la lucha sin cuartel que se libraba hacia algunas semanas, y que podía acabar por la ruina de uno de los dos. Mazaud, pequeño, con su esbelto talle de hombre guapo, era de una vivacidad alegre, en la que se denunciaba su suerte tan dichosa hasta entonces, aquella suerte que lo había hecho heredero á los treinta y dos años de la plaza de uno de sus tíos; mientras que Jacoby, antiguo encargado de poderes, llegado á agente á la vejez, gracias á clientes que iban con él en comanda, tenía el vientre abultado y el pesado andar de sus sesenta años, era un hombretón canoso y calvo, luciendo una caraza de buen diablo amigo de los placeres. Y ambos, con sus *carnets* en la mano, hablaban del tiempo, como si no hubieran tenido allí, en aquellas pocas hojas, los millones que iban á cambiar, así como disparos, en la mortífera pelea de la oferta y de la demanda.

—¿Buena helada, eh?

—¡Oh, imaginaos que he venido á pie, si la habré disfrutado!

Llegados al *parquet* (1), ante el gran canastillo todavía limpio de papeles inútiles, de las tarjetas que se echan allí, detuviéronse un instante, apoyados en la barandilla de terciopelo rojo que lo rodea, siguieron diciéndose frases indiferentes é interrumpidas, examinando al propio tiempo con el rabillo del ojo los alrededores.

Los cuatro pasillos, en forma de cruz, cerrados por verjas, especie de estrella de cuatro brazos teniendo por centro el canastillo, era el lugar

(1) En nuestra Bolsa llámase *parquet* al espacio donde funcionan los agentes de cambio; pero en la Bolsa de París ese mismo espacio toma el nombre de *corbeille*, (cesta, canastillo), de un gran cajón ó depósito circular que hay en su centro, adonde van echando los agentes de cambio las tarjetas ó *fichas* en que anotan las operaciones.—En Madrid se llama *corro* á lo que allá llaman *coulisse*.

No han sido estos los únicos casos en que hemos procurado emplear los términos usados en nuestra Bolsa, equivalentes de algún modo á los usados en la de París; pero confesamos que en muchos no hemos podido hacer lo mismo, porque las grandes diferencias que hay entre ambas, en punto á su mecanismo y funcionamiento interior, nos han impedido encontrar aquí términos que expresen con más ó menos precisión los usados allá. Para salvar estas deficiencias nos vemos obligados en más ocasiones de las que quisiéramos á echar mano de los tipos de  *cursiva*: cosa, por lo demás, inevitable, tratándose de la bárbara jerga, intraducible al idioma común y corriente, lo mismo aquí, que en Francia, que en cualquier otra parte, con que las gentes de la Bolsa hacen de sus operaciones ciencia profundísima y oculta, y misterio que, como dice el ilustre autor de este libro, tan pocos cerebros pueden penetrar.  
—(N. del T.)

sagrado donde el público no entraba; y entre los brazos, delante, había de un lado otro compartimiento donde se encontraban los dependientes del contado, que dominaban los tres *cotizadores*, sentados en altas sillas ante sus inmensos registros; mientras que del otro lado, un compartimiento más pequeño, éste abierto, llamado la *guitarra*, á causa de su forma sin duda, permitía á los empleados y á los especuladores ponerse en contacto directo con los agentes. Detrás, en el ángulo formado por otros dos brazos, se celebraba, en medio de la multitud, el mercado de las rentas francesas, donde cada agente tenía su representación, así como en el mercado del contado, por un dependiente especial, ostentado su  *carnet* distinto; porque los agentes de cambio, en el centro del *parquet*, no se ocupan exclusivamente más que de las operaciones á plazo, entregados por completo á la tarea desenfrenada del juego.

Viendo en el pasillo de la izquierda á su encargado de poderes Berthier, que le hacía una seña, Mazaud fué á cambiar con él algunas palabras á media voz, pues no podían los encargados de poderes estar más que en los pasillos, á distancia respetuosa de la barandilla de terciopelo rojo, que ninguna mano profana puede tocar. Todos los días, Mazaud iba así á la Bolsa con Berthier y sus dos oficiales, el del contado y el de la renta, á los cuales se unía muy frecuentemente el liquidador de la agencia; sin contar el encargado de los despachos, que era siempre

el pequeño Flory, con la cara cada vez más cubierta por su espesa barba, de la que no salía más que el brillo de sus ojos tiernos. Desde la ganancia de diez mil francos, al día siguiente de Sadowa, Flory, enloquecido por las exigencias de Chuchu, que se había hecho caprichosa y devoradora, jugaba rabiosamente por su cuenta, sin cálculo ninguno, por otra parte, siempre al juego de Saccard que seguía con fe ciega. Bastaban á guiarle las órdenes que conocía, los telegramas que pasaban por sus manos. Y justamente, como bajase del telégrafo, instalado en el primer piso, con las manos llenas de despachos, hizo llamar por medio de un portero á Mazaud, que dejó á Berthier para acercarse á la guitarra.

—Señor, ¿es hoy necesario examinarlos y clasificarlos?

—Sin duda, si vienen así en masa..... ¿Qué es todo eso?

—¡Oh! Universal, órdenes de compra, casi todos.

El agente, con mano experta, hojeaba los despachos, visiblemente satisfecho. Muy interesado por Saccard, á quien representaba hacía mucho tiempo por sumas considerables, habiendo recibido de él, aquella misma mañana, órdenes de compra enormes, había acabado por ser el agente titular del Universal. Y, aunque sin gran inquietud hasta entonces, aquel apasionamiento persistente del público, aquellas compras

obstinadas, á pesar de la exageración de los precios, lo tranquilizaban. Entre los firmantes de los despachos le chocó un nombre, el de Fayeux, aquel recaudador de rentas de Vendome, que debía haberse hecho una clientela extremadamente numerosa de pequeños compradores, entre los colonos, los devotos y los sacerdotes de su provincia, porque no pasaba semana sin que enviase de aquel modo telegramas sobre telegramas.

—Dad esto en el contado—dijo Mazaud á Flory.—Y no esperéis á que os bajen los despachos, ¿oís? Estaos allí y tomadlos vos mismo.

Flory fué á apoyarse de codos en la balaustrada del contado, gritando á toda voz:

—¡Mazaud! ¡Mazaud!

Y se acercó Gustavo Sedille, porque en la Bolsa los empleados pierden su nombre; no tienen más nombre que el del agente á quien representan. También Flory se llamaba Mazaud. Después de haber abandonado la agencia durante cerca de dos años, Gustavo acababa de volver á ella, para decidir á su padre á pagar sus deudas; y aquel día, en ausencia del oficial mayor, encontrábase encargado del contado, lo cual le divertía. Habiéndose Flory inclinado á su oído, convinieron ambos en no comprar para Fayeux más que al último precio, después de haber jugado por ellos sobre sus órdenes, comprando y vendiendo al principio á nombre de su testaferro habitual, para cobrar las diferencias, puesto que el alza les parecía segura.

Mazaud volvió entretanto al centro del *parquet*. Pero á cada paso le entregaba un portero, de parte de algún cliente que no había podido acercarse, una tarjeta donde estaba escrita una orden con lápiz. Cada agente tenía su tarjeta particular, de un color especial, rojo, amarillo, azul, verde, á fin de que se pudiera reconocerla fácilmente. La de Mazaud era verde, color de la esperanza; y los papelitos verdes seguían reuniéndose entre sus dedos, en el continuo ir y venir de los porteros que los cogían en el extremo de los pasillos de la mano de los empleados y de los especuladores, todos provistos de una porción de aquellas tarjetas, para ganar tiempo. Cuando se detenía de nuevo ante la barandilla de terciopelo, encontróse allí con Jacoby que también tenía un puñado de tarjetas, sin cesar aumentado, tarjetas rojas, de un rojo de sangre: sin duda órdenes de Gundermann y de sus fieles, porque nadie ignoraba que Jacoby, en la matanza que se preparaba, era el agente de los bajistas, el ejecutor de las altas obras de la banca judía. Y hablaba ahora con otro agente, Delarocque, su cuñado, un cristiano que se había casado con una judía, un hombre rojo y rechoncho, muy calvo, que frecuentaba mucho los círculos, conocido por recibir las órdenes de Daigremont, incomodado éste hacía poco con Jacoby, como se había incomodado en otro tiempo con Mazaud. La historia que estaba contando, una historia obscena de una mujer que había vuelto á casa de su ma-

rido sin camisa, encendía sus ojillos, mientras que agitaba, con una mímica apasionada, su *carnet*, de donde se desbordaba el paquete de sus tarjetas, azules estas, de un azul suave de cielo de Abril.

—El señor Massias os llama—dijo un portero á Mazaud.

Este se dirigió vivamente al extremo del pasillo. El corredor, completamente á sueldo del Universal, le traía noticias del *corro*, que funcionaba ya bajo el peristilo, á pesar del frío horrible. Algunos especuladores se arriesgaban, sin embargo, y entraban de cuando en cuando á calentarse en la sala; mientras que los concurrentes habituales del *corro*, con gruesos gabanes y el cuello de pieles levantado, se mantenían firmes, en círculo como de costumbre, debajo del reloj, animándose, gritando, gesticulando tan fuerte, que no sentían el frío. Y el pequeño Nathansohn mostrábase entre los más activos, en camino de convertirse en un personaje, favorecido por la suerte, desde el día en que, habiendo dimitido su destinillo del Crédito Mobiliario, había tenido la idea de alquilar un cuarto y abrir un despacho.

Con voz rápida, explicó Massias que, habiendo indicios de que los precios iban á flojear bajo la masa de los valores con que los bajistas inundaban el mercado, Saccard había tenido la idea de hacer operaciones en el *corro*, para influir sobre el primer precio oficial del *parquet*. El Uni-

versal cerró la víspera á 3.030 francos; y aquel había hecho dar orden á Nathansohn de comprar cien títulos, que otro del *corro* debía ofrecer á 3.035. Cinco francos de aumento.

—¡Bueno! Ya nos llegará el precio—dijo Mazaud.

Y volvió á los grupos de los agentes, que se encontraban completos. Allí estaban los sesenta, haciendo ya entre sí, á pesar del reglamento, los negocios al precio medio, mientras sonaba el toque de campana reglamentario. Las órdenes dadas á un precio fijado de antemano no influían sobre el mercado, puesto que había que esperar este precio; mientras que las órdenes al mejor, en las que se dejaba la libre ejecución al criterio del agente, determinaban la continua oscilación de las diferentes cotizaciones. Un buen agente debía estar dotado de sutileza y de presciencia, de cerebro pronto y de músculos ágiles, porque la rapidez aseguraba con frecuencia el éxito; sin contar la necesidad de buenas relaciones en la alta banca, informes recogidos por todas partes, despachos recibidos de las Bolsas francesas y extranjeras antes que todos los demás. Y se necesitaba también una voz firme para gritar alto.

Sonó la una, el repique de la campana pasó como un golpe de viento sobre el vivo oleage de las cabezas; y aún no se había apagado la última vibración, cuando Jacoby, con las dos manos apoyadas sobre el terciopelo, gritaba con una voz mugidora, la más fuerte de la compañía:

—Tengo Universal..... Tengo Universal.....

No fijaba precio, esperando la demanda. Los sesenta se habían acercado y formaban círculo alrededor del canastillo, donde ya algunas tarjetas hacían manchas de vivos colores. Frente á frente, se examinaban todos, se tanteaban como los duelistas antes de atacarse, con gran prisa de ver establecerse el primer precio.

—Tengo Universal—repetía el bajo retumbante de Jacoby.—Tengo Universal.

—¿A qué precio, el Universal?—preguntó Mazaud con una voz fina, pero tan aguda que dominaba la de su colega, como un canto de flauta se deja oír por encima de un acompañamiento de violoncello.

Y Delarocque propuso el precio de la víspera.

—A 3.030, tomo Universal.

Pero inmediatamente otro agente pujó.

—A 3.035, enviad Universal.

Llegaba el precio del *corro*, impidiendo el arbitraje que Delarocque debía preparar: una compra en el *parquet* y una venta pronta en el *corro*, para embolsar cinco francos de alza. Mazaud se decidió, seguro de ser aprobado por Saccard.

—A 3.040, tomo..... Enviad Universal á 3.040.

—¿Cuánto?—preguntó Jacoby.

—Trescientos.

Los dos escribieron una línea en su *carnet*, y quedó concluida la primera operación; estaba fijado el primer precio, y con un alza de diez